

LERNA

JAVIER PELLICER

LERNA

El legado del Minotauro



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2020

© Javier Pellicer, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2020
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6360-9

Impreso en Liberdúplex

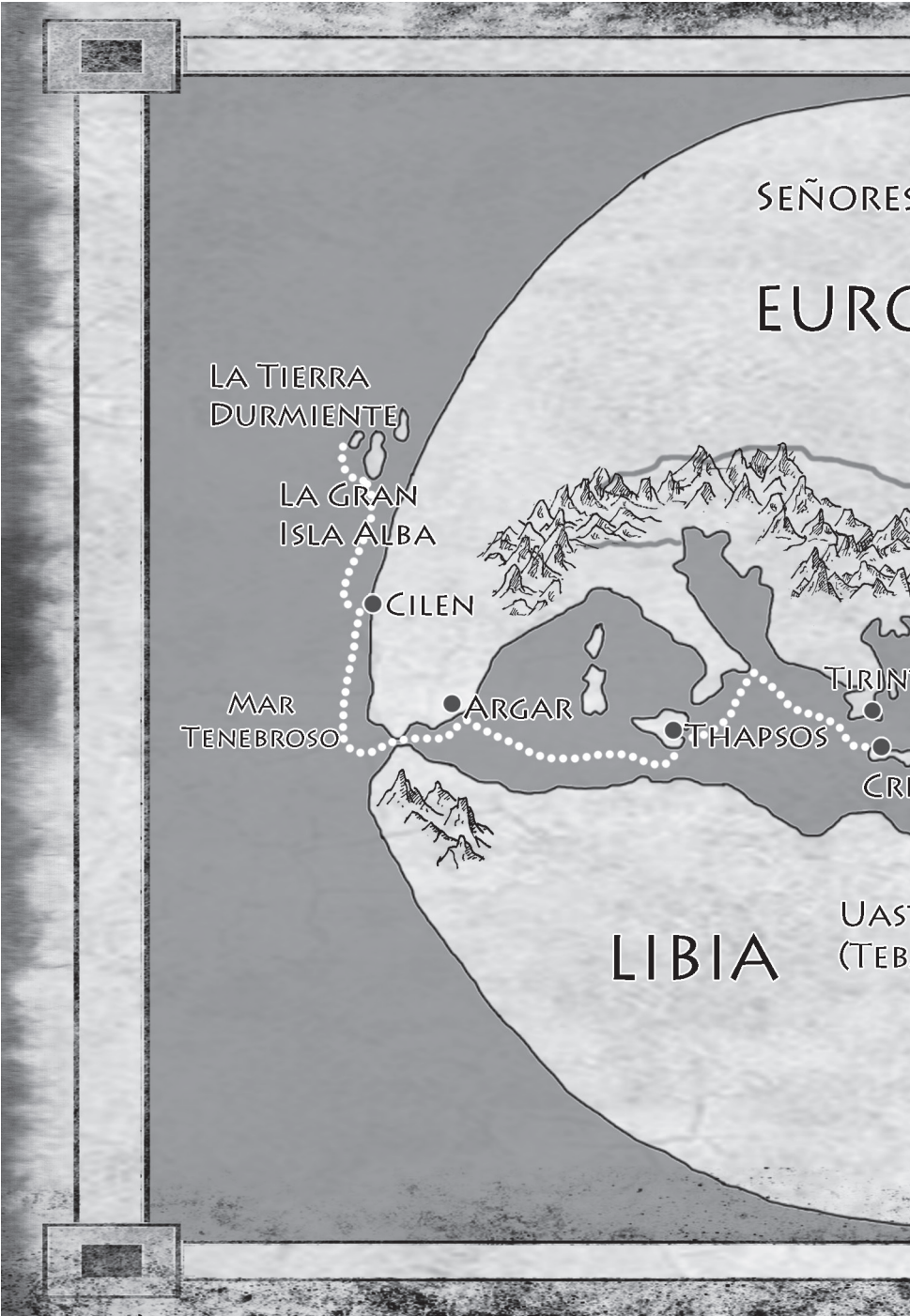
Depósito legal: B. 8470-2020

Impreso en España

*A mi familia, a cuantos están detrás de esta obra...
y a Irlanda, por susurrarme inspiración desde la distancia.*

«La Historia se parece a menudo al mito debido a que ambos, en última instancia, están hechos de la misma materia».

J. R. R. Tolkien



SEÑORES

EURO

LA TIERRA
DURMIENTE

LA GRAN
ISLA ALBA

CILEN

MAR
TENEBROSO

ARGAR

THAPSOS

TIRIN

CRE

LIBIA

UAST
(TEB)

S DEL ÁMBAR

OPA

TO

ETA

T
(AS)

IMPERIO
HITITA

ASIRIA

IMPERIO
BABILÓNICO

ASIA

MAPA BASADO EN LA
DESCRIPCIÓN DEL MUNDO DE
HERODOTO, CONSIDERADO "EL
PADRE DE LA HISTORIA", DEL
SIGLO V A.C.
LOS TOPÓNIMOS ESTÁN
ADAPTADOS A LA REALIDAD
HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DE
LA NOVELA.

Prólogo

El peso del destino

En una Irlanda recién despertada

Partolón estaba más que dispuesto. Había desenvainado la espada y sujetaba la cabeza de su enemigo con la firme convicción nacida de la ira, de la venganza. El filo de bronce rozaba ya el cuello de Ciogull, cabecilla de los fomorianos. Su aspecto asilvestrado, sucio de barro y sangre, lo hacía parecer un animal salvaje, pero disponía del suficiente orgullo para sostener la mirada de su verdugo.

Nadie parecía tener el valor de romper el momento, ya fuera con una queja o siquiera un mísero resuello. Ni siquiera Starn. Tenía más motivos que el resto y, aun así, contemplaba la escena sobrecogido, casi sin parpadear. Sabía que debía detenerlo, presentía que las consecuencias de aquel terrible acto serían devastadoras, pero era incapaz de reaccionar.

Sólo él lo comprendía, sólo él. La cruel verdad: que aquél era el momento, el punto de inflexión, el acto del que pendía el destino de los suyos e incluso de muchos otros, lejanos en el espacio y el tiempo. Las gratas experiencias, las penurias, cada enseñanza aprendida a través del gozo y el dolor... Todo aquello se desvanecería, quedaría reducido a una sucesión de suspiros dentro de la larga historia que conducía a ese instante. A ése, y no a otro.

Una decisión sin retorno.

A Partolón no le tembló el pulso. Al fin y al cabo, lo que ocurrió entonces había estado macerando durante largos años. Aquel hombre eligió su camino cuando decidió interponer el orgullo al amor, así que ahora sólo estaba siendo coherente consigo mismo.

El movimiento fulgurante con el que rebanó el pescuezo de Ciogull empezó en otro tiempo. En otra tierra.

Una tierra a punto de morir, al igual que todos sus hijos.

La carne del fomoriano se abrió en una línea y durante un instante pareció que quedaría sólo en eso, en un fino trazo sin consecuencias. Pero llegó la sangre. Brotó con fuerza y provocó la agonía del caudillo. Se le fue la vida al mismo tiempo que la sangre. Entre ahogos.

Starn tuvo que mirar hacia otro lado.

Sus ojos fueron a posarse justo en la espada de Partolón, teñida de rojo carmesí. La sangre resbalaba por la hoja, manchando el resto del bronce. Le pareció que era el peso del destino quien hacía descender la savia vital, hasta que se acumuló en la punta, formando una gruesa gota a punto de desprenderse. Recordó su visión, y supo que no había vuelta atrás. La perla roja se separó, salvando el trecho entre el bronce y la tierra. Y se unió a ella, en el mismo instante en que Ciogull se desplomaba...

Primero llegó un repentino sofoco. Lo sintieron hasta los caballos que quedaban con vida; se encabritaron y se pusieron a pifiar, algunos incluso se alejaron al trote, llevados por una repentina demencia. Y, aunque no lo supieron hasta días más tarde, en Hija de Cnosos los toros que contenían la simiente divina de Posidón bramaron, enloquecieron, huyeron o cayeron muertos. Posidón, el Dios Cornudo.

Posidón, Agitador de la Tierra.

Luego, el corazón mismo del mundo se estremeció. El temblor hizo palidecer a los partolonianos mucho más que la batalla recién librada. Una vibración leve, en apariencia insignificante pero aun así terrorífica. Pues se colaba a través de los pies como si de sarmientos se tratara, arraigando en el vientre al igual que cientos de agujas. Resultaba tan enloquecedor que muchos de los hombres, que instantes antes se habían enfrentado a la muerte con el rostro bien alto, se echaron al suelo y gimotearon socavados por el pánico.

—Empieza... ya empieza... —susurró Starn, y pensó en Bacor, en Egos el Arrinconado.

El terremoto se prolongaba y ganó en fuerza. Sonaba distante, venía de tierras muy lejanas, aunque de algún modo todos los

allí presentes intuyeron su origen. El presentimiento se confirmó cuando, en la cúspide de uno de los temblores, el fuego estalló en el horizonte.

Ningún ojo humano había visto aquello antes, y muchas generaciones pasarían para que algo similar volviera a contemplarse: una gran llamarada, delgada y casi invisible por la distancia, pero que se elevaba poderosa en el cielo hasta alcanzar las nubes. Nadie se atrevió a respirar, hasta que un estruendo potente y siniestro los golpeó. Venía del mismo lugar que el humo y las llamas. Del sur, y también del este.

Venía de Cnosos.

Libro I

LA CASA DEL HACHA

«Creta es una tierra en mitad del vinoso mar,
hermosa y fértil, bañada por todos los lados; hay en ella
muchos, innumerables hombres y noventa ciudades;
su lengua está mezclada con las de otros».

Homero, *Odisea*, XIX, vv. 172-175

1

Cnosos, isla de Creta
1635 a. C.

Ha pasado tanto desde que abrí los ojos al mundo... Estoy cansado, viejo amigo. El tiempo no pasa en vano, sobre todo cuando se vive en soledad. A veces pronuncio mi nombre en voz alta para sentir que no me he desvanecido, que sigo aquí... Tuan... Tuan... Tuan... Se me antoja insuficiente, debo admitirlo. Desearía que otros lo pronunciaran por mí, o dárselo yo mismo a conocer. Supongo que por eso hablo contigo, por eso siento la necesidad de narrarte esta historia. Eres el único oyente que tengo.

Pero me temo que no es bastante con un espectador tan fiel como tú. La oscuridad, la muerte, el dolor y la ira siguen colándose por las rendijas de mi carne y alcanzan el espíritu. Y allí forma un poso que crece día a día, se acumula, agosta el ánimo. Es lo que permanece, por encima de lo bueno, cuando se vive tanto.

Sin embargo, los días fueron luminosos antes de mi nacimiento. Una buena era, no perfecta pero sí de abundancia. Cierto, en aquellos años el mundo era como la lira que acompaña e inspira mi narración: mucho más simple. Al menos en las tierras donde comenzó mi historia. ¿Y por dónde empezar a narrarla? No encuentro mejor punto que aquella mañana en la que Starn, hijo de Sear, regresó a su hogar tras una larga ausencia. Un hogar que en cierto modo también es el mío, aunque jamás lo haya conocido. Porque él era mi padre..., o lo sería algún día.

El carruaje tirado por bueyes con el que afrontaba la última parte del viaje dobló un recodo del sendero. Y entonces apareció. La imagen le arrancó un suspiro en los labios, idéntico al que yo

mismo soy incapaz de contener cuando lo recuerdo. El corazón le brincó en el pecho tal y como lo haría ante una muchacha hermosa. Ahora que sus ojos le devolvían aquello que fue tan habitual durante la niñez, advirtió cuánto lo había echado de menos. Durante unos instantes sólo fue capaz de dejarse llevar, de deleitarse con cada detalle de tan emocionante visión.

Cnosos.

¡Ah, ojalá pudieras verla como yo lo hago ahora mismo! Te aseguro que llenaría tu alma de asombro, la colmaría con creces. Comprenderías por qué a la llanura sobre la que crecía la colina se la conocía como el Mar de los Olivos. Pues, a la luz del mediodía, el verde seco de los árboles centenarios parecía un océano que se extendía desde la ladera del altozano. A Starn no le costó dar vida en su mente al recuerdo de las arboledas floridas en el multicolor primaveral. Y, entonces, el manto de jade se convertía en una bruma iridiscente.

El palacio se alzaba en lo más alto del cerro. Labyrinthos, la Casa del Hacha, parecía una isla de marfil. El escarlata de las columnas emergía sobre el glauco de la fronda, como si de robles incandescentes se tratara. A su vez, el edificio bajaba por las laderas del mismo modo que lo haría una riada, formando terrazas de pórticos, galerías, jardines y cornisas que imitaban la cornamenta de Posidón. Señalaban al cielo en una conexión entre tierra y aire, un eterno homenaje al amor entre el Dios Cornudo y la Gran Madre.

Advierto en tu rostro acuoso no pocas dudas. Te preguntas cómo es posible que sepa todo esto. ¿De qué modo puedo describir una época y un mundo que, en realidad, jamás vi con mis propios ojos? Ése es uno de los misterios de mi vida. Las imágenes de rincones que ya no existen, los hechos ya olvidados, incluso las palabras de individuos que hace mucho que desaparecieron... Sólo preciso cerrar los ojos para ver de nuevo lo que fue. A veces, incluso puedo discernir lo que está por venir. Ése es el legado de mi progenitor: la riqueza de los recuerdos; los suyos y los de todo su pueblo, mi primer pueblo. La historia de Creta yace en mi interior.

Pero sigamos con la narración, si me lo permites. De repente, ante la mirada emocionada del joven Starn, un rayo de sol se

reflejó en algún punto de la fachada, quizás en uno de los adornos de plata que salpicaban los muros exteriores. Infinidad de ojos habían admirado la urbe. La Ciudad Alba, la llamaban los extranjeros; una visión acostumbrada a arrebatarse suspiros de admiración. Cnosos era considerada la maravilla del mundo civilizado, y sus habitantes, los más insignes. La sociedad cretense era el ejemplo vivo de que el progreso podía fundamentarse en la prosperidad y la paz. ¿La miseria? ¡Desconocida en Creta! Al igual que el peligro o la maldad, o al menos eso creían quienes allí moraban. Vivían ajenos a los sinsabores de las gentes de otras tierras menos afortunadas, pues habían pasado centurias desde la última guerra, de la que ni los más viejos guardaban recuerdo. Los dioses estaban satisfechos y por ello colmaban de placidez a los isleños: los niños jugaban de sol a sol, los hombres y mujeres se mostraban siempre gentiles y los ancianos aportaban su sabiduría al pueblo durante largos años. No cabía esperar que todo aquello tuviera un final.

El Camino Real, que llevaba desde el puerto al gran complejo, quedaba delimitado por sendas hileras de árboles frutales. Perales, higueras y manzanos casi ocultaban las villas de los nobles, las granjas, los huertos y las aldeas. Al alcanzar la avenida que desembocaba en la entrada oeste, los gigantes arbóreos daban paso a otros más artificiales. Starn pidió al conductor que detuviera el carro.

—Seguiré por mí mismo desde aquí —le dijo—. Deseo deleitarme con el paisaje lo máximo posible.

El buen hombre asintió. Era un simple mercader a quien había encontrado al poco de dejar atrás el puerto y que, amable, le ofreció un sitio a su lado. Lo despidió con una sonrisa. No hacía falta más. En Egipto le habría ofrecido unas monedas para premiar su ayuda, pero en Creta aquello supondría una afrenta, como ofrecerle limosna.

Así que cogió su hatillo y se lo echó a la espalda, con mucho menos cuidado que la hermosa lira que también portaba. Era su más preciada posesión y la trataba con esmero en todo momento, y no precisamente por su belleza. En cualquier caso, era un artefacto de factura sublime, labrada con maestría en madera de magnífica calidad, con celosías de plata y oro a lo largo de los mástiles.

El cuerpo del instrumento contenía el grabado del *labrys*, el hacha ceremonial cretense. El cuidado que le dedicaba tampoco venía, en exclusiva, por el hecho de que fuera el regalo que le hiciera su madre antes de partir hacia Egipto. No, había algo más que lo evidente. Era un sentimiento, un aprecio nacido del alma, inexplicable y profundo, como el que se guarda a alguien de carne muy querido. Por eso, como hacía siempre, la tomó con gesto protector y se la colgó del hombro, por la parte del pecho, amarrándola mediante unas correas como si de un escudo se tratara.

Lo primero que hizo al posar los pies en el camino fue acariciar una de las columnas de rojo y azul oscuro, típicas del buen hacer cretense, que engordaban conforme el pilar ganaba altura. El tacto rugoso de la madera de ciprés lo estremeció. Cinco años eran demasiados para según qué cosas, y ése era justo el tiempo que había pasado lejos del hogar.

La música llegó hasta él. En realidad, no es correcto decirlo así. La música siempre estaba en el interior de Starn. Formaba parte de su alma, sólo que habitualmente permanecía dormida, esperando un soplo de inspiración. ¿Y qué mayor iluminación que estar de nuevo en casa? Sin siquiera pensarlo, los dedos se le fueron a las cuerdas. Cedió al impulso tal y como había aprendido a hacer mucho tiempo atrás, siendo apenas un niño. Surgió un primer rasgueo que hizo enmudecer el resto de sonidos que el mundo solía ofrecer.

Para Starn, tocar era algo así como soñar despierto. Entonces, y sólo entonces, podía expresar de verdad todo cuanto sentía en las profundidades de su ser. La melodía que surgía de aquellos cordeles hechos con cáñamo era su auténtica voz, con la que era capaz de hablar libremente de la alegría, la rabia, la añoranza o el amor.

Y en ese instante, la tonada, muy superior a las palabras vulgares y limitadas, dibujó Cnosos con mayor detalle de lo que unos ojos jamás podrían. Los acordes se sucedieron, en una trama que mencionaba, sin mencionar, los recuerdos de su infancia, el cariño hacia un tiempo al que volvía durante un momento, el esplendor de su ciudad. Pero, ay, ni siquiera la música está libre de ser engañosa. El joven pronto comprendería que la sencillez del pasado era justo eso: cosa del ayer.

Cuando se sintió satisfecho, dejó de tocar e inició la ascensión por la gran escalinata que daba acceso a la plaza occidental, dejando a su izquierda los tres grandes pozos votivos. El lugar bullía de actividad. La gente iba y venía. Los nobles viajaban sobre palanquines cubiertos, tirados por esforzados porteadores, y se cruzaban con las carretas que llegaban para descargar la mercancía en los almacenes del palacio. Allí moraría la miel, el aceite de oliva, el vino, los tintes, la madera y todo cuanto Cnosos daba a sus hijos, así como los productos llegados del otro lado de las aguas. Trabajadores, sirvientes, mercaderes o simples paseantes formaban un goteo incesante de humanidad que entraba y salía de la ciudad. Pues la Casa del Hacha era una y varias al mismo tiempo: la ciudad, que albergaba miles de almas; el templo, centro de los ritos en honor a los dioses, y el palacio, hogar de la familia real y primera entre las noventa ciudades del reino más próspero conocido: Creta. Sólo Egipto podía comparársele en esplendor.

Nadie lo reconoció. Nada sorprendente, por otra parte, pues había cambiado mucho desde su partida. El adolescente se había convertido tanto en un adulto como en un desconocido para sus conciudadanos. Por si fuera poco, no había anunciado su regreso.

Salvo a una persona. Un hombre lo esperaba en el propileo, de aspecto grácil y a la vez solemne. Todo en él resultaba cretense: los grandes ojos; la melena negra, ensortijada y bien aceitada, que caía en mechones ondulados por los hombros y contrastaba por su abundancia con el rostro imberbe; la cintura espigada, a pesar de la corta estatura y el pecho amplio, bien cincelado... Sólo la nariz, con el puente un tanto abultado en vez de recto, parecía alejarse de los cánones de su gente.

Starn le dedicó toda la atención. Lo sorprendió con un abrazo que casi aplastó la lira y que alteró a los miembros del Cuerpo de Guardia que vigilaban la entrada. Pero, cuando las risas estallaron, los centinelas se relajaron.

—¡Que la Gran Madre me lleve! —exclamó aquel que lo esperaba—. ¡Es como si habitaras un cuerpo nuevo! ¿Qué has hecho con el muchachito que se marchó de Cnosos?

—¡Lo dejé en Egipto! —rio Starn.

Miró directamente aquellos orbes negros, idénticos a los de su propio reflejo en las aguas cristalinas. Y de pronto le pareció que la vida volvía a ser estable, como antaño.

Estaba de nuevo con su hermano.

—¡Cuánto te he echado de menos, Partolón!

★ ★ ★

Los hermanos dejaron atrás el vestíbulo porticado y accedieron a un largo pasillo. Aquél siempre había sido un corredor oscuro. Las lucernas que, estratégicamente colocadas, iluminaban el resto del complejo, no tenían sentido allí. El Corredor de las Procesiones representaba las sombras, representaba la muerte. Durante las festividades en honor a la Gran Madre, la comitiva sacerdotal recorría la vía para realizar un ritual que se perdía en la noche de los tiempos. Aquel desfile ancestral imitaba el nacimiento, el tránsito entre la vida que se abandona y la nueva, el momento en el que nada se es, sólo el alma pura. Alma que, del mismo modo que la larva, se abre paso hasta alcanzar la luz de la existencia.

Los candiles de aceite eran todo cuanto alumbraba los magníficos frescos de las paredes. Representaban una de las procesiones con fidelidad y exquisitez, con los portadores de ofrendas, jóvenes acólitos y fieles acudiendo con sus regalos a la Señora de la Tierra, quien, gustosa, los recibía.

—Y dime, hermano menor, ¿qué tal las cosas por Egipto? —preguntó Partolón en voz baja, respetuosa con el lugar en el que se hallaban—. Se oyen rumores de conquistadores llegados de Oriente.

—Toda palabra se exagera cuando recorre grandes distancias. Ya lo sabes.

—Entonces, éstos que llaman... *hicosos*... —Starn asintió con la cabeza—. ¿No han invadido aquellas tierras?

—Ni siquiera han alzado una espada, créeme. Han sido más listos, más... cretenses, diría yo... —dijo, y se le escapó una risa ligera—. Aprovechando los tiempos de hambruna y el lógico descontento en las regiones donde desemboca el Gran Río, se han asentado entre la población y, con el tiempo, también entre la clase

gobernante. Su influencia ha ido creciendo hacia el sur desde la plaza fuerte de Avaris, hasta el punto de que durante mi estancia en Uaset ya se comenzó a sentir su presencia. Pero el faraón Merkara no parece muy dispuesto a aceptar las pretensiones de estos forasteros, por muy lisonjeras que suenen sus proclamas.

—Extranjeros que llegan y se hacen con el dominio... —ronroneó Partolón—. Tal vez no por las armas, pero me sigue sonando a conquista.

Starn frunció el cejo y contempló el juego de luces y sombras en el semblante de su hermano. Acrecentaba la seriedad que en él era natural, algo que no parecía haber cambiado mucho. Seguía siendo un hombre precipitado y cabezota, de temperamento volátil. Le resultaba imposible esconder las alegrías, los temores... y los odios. Había que escoger bien las palabras antes de entregárselas. Salvo que fueras su hermano más querido, lo cual permitía ciertas licencias.

Y en esos instantes sus ojos centelleaban con una mezcla de preocupación y cólera. Sin embargo, al advertir la mirada escrutadora de su hermano, convirtió los rasgos graves en una sonrisa de dientes blancos.

Doblaron un recodo hacia la izquierda. Recorrer los pasillos y salas del palacio podía resultar enloquecedor para cualquiera que no estuviera habituado. Pero Starn había nacido y crecido entre aquellas paredes. Conocía cada recoveco, cada una de las mil habitaciones, hasta el lugar más oculto. Había vivido cientos de aventuras, escabulléndose del monstruo del que hablaban las viejas para asustar a los niños o buscando fabulosos tesoros escondidos por los antiguos constructores de la ciudad-palacio. Y a su lado siempre estuvo Partolón.

El pasaje los llevó de nuevo hacia el norte. Allá, al final del corredor, atisbó al fin una luz que se colaba desde el gran patio central. En efecto, era como volver a la vida luego de una larga oscuridad. Parpadeó como un recién nacido ante el poderoso fulgor del día, hasta que sus ojos se acostumbraron. Mientras recorrían el blanco enlosado, la gente los observaba. Tal vez al principio no cayeran en la cuenta de quién era aquel muchacho delgado, pero sí reco-

nocían a Partolón. Y pronto advirtieron que la semejanza entre ambos era tan evidente que sólo podía tratarse del hermano que había marchado tiempo atrás. Algunos, incluso, se atrevieron a saludarlo, y Sarn respondió con amabilidad.

Se detuvieron en el centro de la plaza, en el lado izquierdo, donde se abría un pórtico escalonado.

—Y aquí estamos, hermano —le dijo Partolón, señalando con la cabeza hacia la entrada.

Sarn suspiró antes de acceder a la antecámara, donde dos centinelas flanqueaban la entrada a una sala que se abría a continuación. Las lanzas y escudos de cuerpo entero eran más bien ornamentales, pues Cnosos no contaba con un ejército a la manera de otros reinos. Sus armas para enfrentarse a los problemas eran la diplomacia y el comercio, que siempre les habían servido mejor como protección que la más alta de las murallas. Sí, sé que eso suena ingenuo en un mundo como el actual. Hoy la espada ordena y el débil se arrodilla, pero los cretenses consiguieron ganarse el respeto de cualquier posible enemigo de otras maneras. A fin de cuentas, ¿quién desearía acabar con la gallina de los huevos dorados? Creta compraba cuanto se le ofrecía, y por ello nadie se atrevía a levantar el filo en su contra, por temor a perder el oro que aportaban.

Partolón no esperó a que los guardias le dieran permiso para entrar en la habitación. Pasó ante ellos con su descaro habitual, seguido de un Sarn que, en cambio, sí dirigió un saludo a cada uno de los centinelas.

De este modo, el joven volvió a pisar una de las estancias que más había añorado, y de nuevo le dio la sensación de que todo seguía igual. Una cascada de luz se derramaba por la abertura realizada en la parte superior, dando vida al gran mural que rodeaba dos de las paredes enyesadas. Parecía que en cualquier momento los grifos que descansaban entre lirios, contra un fondo carmesí, iban a saltar de las pinturas y convertirse en carne. ¡Cuántas veces lo había imaginado durante su niñez! Que los poderosos leones, con cabeza de águila y una serpiente por cola, despertarían de su reposo; que los guardianes de la Gran Diosa reconocerían así la lealtad de los cretenses a la madre de la tierra.

La sala tenía adosado un baño ritual, que se llenaba gracias a la red de cañerías de barro cocido que conducía el agua desde los pozos hasta las estancias que lo necesitaban. Puedes imaginar que aquella idea era el orgullo de los ingenieros cretenses y el asombro de los forasteros. En su ignorancia, creían que el dulce líquido brotaba de las paredes por arte de algún poder sobrenatural, de ahí que se dijera que la prosperidad de Creta era tal que hasta los muros exudaban vino y miel. En el centro de la habitación, un amplio brasero de piedra llameaba alegremente, y el humo se liberaba a través de la claraboya.

Pero era el asiento frente a la cuenca ardiente el que, devorador, consumía la atención del visitante. En el caso de Starn, la convulsión fue todavía mayor. Esculpido en alabastro, se alzaba un trono. Y, acomodado sobre él, escuchando los consejos de un anciano sentado en un banco a su diestra, un hombre de edad madura. Tenía la misma expresión solemne que el joven recordaba, y su gesto era grave, aunque no por ello desagradable. La negra y luega cabellera estaba arreglada al estilo tradicional, con rizos y algunos mechones trenzados adornados con una diadema. Una lujosa túnica púrpura cubría la parte superior de su cuerpo, sin mangas, dejando parte del pecho al descubierto.

Los hombres callaron al advertir la entrada de los hermanos. Ojos abiertos de par en par. Sorpresa en el gesto. El morador del trono se alzó de pronto y, abriendo los brazos cuan largos eran, olvidó todo recato y buscó con cariño a Starn. El abrazo fue silencioso, pues ninguno de los dos tuvo palabras que vencieran la emoción del reencontro.

Pues aquel joven que volvía a casa era Starn, hijo de Sear.

Sear, minos de Cnosos. El primero entre los reyes de Creta.

2

Mientras aquello ocurría, otra vida importante se desarrollaba lejos. Porque toda gran historia está hecha de muchas y diversas vidas que se complementan; pequeñas por separado, aunque igual de necesarias, cada una es un hilo del gran tapiz, y basta que falte sólo uno para que éste se deshilache.

Como suele ser habitual, la criatura a la que me refiero no tenía constancia del papel que estaba a punto de jugar. Lerna, pues así se llamaba la muchacha, se limitaba a pasear por una playa de la región que más tarde sería conocida como la Argólida. El día se acercaba a su fin, la luz languidecía por momentos, y la brisa mecía sus largos cabellos morenos mientras sus pies menudos dejaban un rastro de improntas sobre la arena. A veces se detenía y, de pie, contemplaba hechizada a las gaviotas que volaban en círculo sobre el modesto puerto de Tirinto o a los buscadores de ostras que recogían sus enseres y abandonaban ya el espolón rocoso que se adentraba en las aguas calmadas. Pero era el mar, el mar, quien siempre acababa ganando la partida de su atención.

Que un príncipe cretense había vuelto a su hogar era un acontecimiento del que nada sabía, todavía. En su corazón sólo tenía espacio para la melancolía. ¿Y por qué semejante desazón? Para la hermosa Lerna, la de ojos como la miel, los días eran largos y siempre iguales entre sí. Hija de un humilde aunque floreciente mercader, no pasaba ningún apuro para subsistir y sus deberes eran escasos en comparación con los de otros adolescentes, que debían trabajar hasta la puesta del sol. Y, sin embargo, en ocasiones le parecía que la implacable monotonía acabaría con su cordura. No podía explicarlo muy bien, pero sentía que unos muros la constreñían, una jaula invisible de la que no sabía cómo escapar.

Cuando ese sentimiento se hacía insoportable, escapaba a la playa. Allí perdía su razón en el mar. Tan insondable, tan vasto que la hacía sentirse diminuta. Pequeña, sí, pero de algún modo no insignificante, sino valiosa, como la perla que se forma en una ostra. Despertaba en ella un anhelo extraño e incomprensible. Y el viento le traía aromas extraños, que nada tenían que ver con los propios del mar, a vegetación y tierra mojada, a ruinas antiguas y sueños dormidos. Imaginaciones que sólo estaban en su cabeza, pensaba cuando recuperaba el raciocinio. Pero, hasta que eso ocurría, su mente fantástica se convertía en un bote que navegaba en libertad, buscando esa línea final del horizonte que, así lo decían los marineros, jamás se alcanzaba. Lerna solía abandonarse con gusto a aquella sensación, se dejaba mecer por el arrullo del agua lamiendo la arena, e incluso le parecía que flotaba, que el espíritu surgía de su cuerpo y volaba hacia lo inalcanzable. Como si algo o alguien la reclamara. Como si una parte de su alma residiera allá a lo lejos y deseara reunirse con ella.

El trance no se prolongaba mucho, pero dejaba a la muchacha más extenuada de ánimo que antes, con lo que esa herida inidentificable que la atormentaba crecía aún. Sólo algo la liberaba: bailar. No, no me refiero a un baile común, al son de flautas o arpas. Lerna amaba otro tipo de baile: el que se practicaba desafiando a la muerte en busca de la máxima expresión de gozo.

La sagrada danza del toro.

No entraré en detalles al respecto. La historia nos llevará a ello en su debido momento. Por ahora bastará con decir que aquel arte era el más valorado en esos tiempos. No había joven que creciera sin soñar con ser un gran bailarín, pero tal honor estaba reservado para muy pocos. Incluso los más humildes eran amados por la gente, que consideraba que estaban inspirados por los dioses. Sin embargo, ninguno de ellos comprendía de verdad lo peligroso y arduo de semejante práctica. Y muchos menos imaginaban lo que bullía en el interior de un recortador cuando se enfrentaba al toro.

A Lerna era lo único que le daba vida. Nada más hacía que valiera la pena seguir respirando; levantarse cada mañana, concluir

sus tareas en el mercado y correr al ruedo de prácticas para su entrenamiento diario. Todo era mejor incluso durante las grandes celebraciones en que danzaban delante del público. Era entonces cuando su existencia cobraba sentido, cuando se sentía plena de veras. Luego, al igual que ocurría tras sus trances junto al mar, llegaba el vacío; siempre, de manera inexorable. Y sólo quedaba esperar a la próxima danza para volver a llenar ese hueco en su corazón.

La noche se hizo fuerte al fin, sin un atisbo del rojo atardecer. Lerna suspiró, frustrada, e inició el regreso a la ciudad. Como todos los días, cada paso representaba una rendición a una tierra que de algún modo le parecía ajena. Nunca había sentido pertenecer al lugar donde nació. Ni siquiera debajo de su propia piel creía estar en un verdadero hogar, como si su alma en realidad debiera estar en otro sitio, en otro cuerpo. ¿Y si los dioses se habían equivocado? Solía pensarlo a menudo. ¿Y si ella hubiera tenido que ser otra criatura, un pájaro libre, un ciervo o una liebre? Incluso, por qué no, algo que no estuviera hecho de carne, sangre y huesos: un árbol en conexión con un bosque entero, una montaña alzándose por encima de las nubes... Cualquier cosa, salvo una chiquilla indefensa ante el destino infausto.

Tirinto era, por aquel entonces, una ciudad humilde. Sí, con el tiempo se convertirá en una urbe grandiosa y poderosa en riqueza. En esas ocasiones en que veo el futuro se me presenta tal y como la llamará el sabio que está por nacer, Homero: «La bien amurallada». Pero todavía queda mucho para que se levanten esos muros soberbios. En aquel entonces era un amasijo de unos pocos edificios de adobe rodeados por una empalizada. Nada que ver con Creta, aunque estuviera influenciada por su aura y hubiera adoptado algunas costumbres, entre ellas la danza sagrada. Además, las tierras firmes del continente no eran tan idílicas, no estaban exentas de amenazas en forma de bandidos y maleantes, así que necesitaban protegerse.

Lerna recorrió los senderos polvorientos hasta alcanzar el ágora, en cuyo centro se levantaba una gran construcción redonda, de grandes portones de madera que durante el día siempre estaban abiertos, pero que ahora permanecían ya cerrados. Aun-

que no bloqueados, y la joven pudo colarse en el interior. Era el almacén de sus padres, que hacía las veces de centro del mercado. Ambos estaban recogiendo los excedentes y guardándolos: los impercederos, como el grano, esperarían a otro día para ser vendidos; los que ya iban a malograrse, como el pescado, serían apartados como deshechos.

—¡Ah, al fin regresas, hija! —dijo Olana, su madre, al verla.

—Dichosos los ojos que te ven —refunfuñó su padre—. Nos hubiera venido bien tu ayuda hace un rato.

Lerna contuvo un suspiro de decepción. Ahí estaba, de nuevo, la cantinela de cada jornada.

—Estaba entrenando, padre.

—Ya, y seguro que luego de eso te has perdido en la playa, con tus ensoñaciones...

—He trabajado muy duro en la academia de instrucción. ¿Acaso no merezco un poco de sosiego?

Efimestes dejó el capazo que se disponía a cargar, con pescado que ya empezaba a oler mal, y la observó con un rictus agriado.

—Trabajo duro es éste. Y no dar vueltas delante de un monigote de madera con cuernos...

—Prueba a hacerlo tú, si tan sencillo crees que es.

—Yo tengo ya un trabajo con el que mantengo a mi familia.

—No empecéis de nuevo, los dos —intervino Olana, tratando de poner paz como casi siempre.

Efimestes lanzó un bufido, recogió el capazo y, tras echárselo al hombro, salió del edificio para vaciarlo.

—A veces creo que no os sentís orgullosos de mí. ¡A los padres de mis compañeros les honra que sus hijos sean bailarines del toro! En cambio, de vosotros sólo recibo indiferencia o desprecio. Ni siquiera acudís a mis danzas.

—Sabes que es porque sufro al ver cómo te pones en peligro... —adujo su madre.

—Es lo único que me llena.

—Pues no puedes estar toda tu vida así, Lerna —las interrumpió el padre, que cruzaba la puerta de vuelta—. ¿Crees que serás joven y ágil para siempre? En unos años tus huesos y músculos

empezarán a decaer, y se habrá acabado eso de esquivar bestias cornudas. De un modo u otro.

Sabía a lo que se refería con ese «de un modo u otro». La carrera de un danzarín sagrado no era muy larga. Los reflejos y la destreza se perdían pronto, y entonces sólo había dos finales posibles: el sensato, con una retirada por amarga que resultara; o el estúpido, continuar hasta cometer un error y que fuera el toro quien acabara el asunto, de la peor manera posible. Lerna había visto a varios bailarines cabezotas, demasiado mayores ya, ser alanceados. Ninguno sobrevivió.

Pero ella era incapaz de concebir el dejar de bailar. El simple hecho de pensarlo la hacía zozobrar e, irremediablemente, echarse a llorar.

—Claro, y sé cuál es tu solución, padre: buscar un marido, casarme y convertirme en una esposa más, sumisa y complaciente.

—Ésa es la ley de la vida, hija. Tienes ya catorce veranos. Todas las muchachas de tu edad han parido una o dos veces y sacan adelante un hogar. ¿A qué esperarás? ¿A que tu piel se marchite y ya ningún hombre te desee como esposa? ¡Abre los ojos!

Lerna se mordió el labio, como hacía siempre que la impotencia la invadía. Maldijo el razonamiento de su padre. Una parte de ella sabía que tenía razón, que aquel mundo marcaba un camino a cada cual y, si uno se apartaba de él, acababa relegado, convertido en una rareza que todos señalaban. Los sabios que discutían en el ágora decían que existía un orden natural, y que cualquiera que quisiera oponerse a él estaba destinado al fracaso.

Y, sin embargo, no podía concebir plegarse a lo estipulado por la sociedad. Abandonar la danza, ceder su espíritu y su cuerpo a un hombre que no la amaría, que en el mejor de los casos le dispensaría un respeto distante y frío, como si eso fuera suficiente para sostenerla durante toda la vida. En el peor, la trataría como una yegua de crianza: válida mientras pudiera engendrar potrillos, insertible cuando ya no fuera así. ¿Ésa era la única meta a la que podía aspirar? ¿El conformismo?

Un intenso dolor se adueñó de su corazón. Una rabia negra, mezclada con la pena absoluta, que trepó por el pecho hasta la gar-

ganta, reptando de ahí hasta sus ojos, donde formó las inevitables y conocidas lágrimas. Incapaz de soportarlo, se marchó corriendo del almacén, dejando atrás a sus padres, sus reproches y ese mañana que tanto la angustiaba. Por desgracia, sabía muy bien que por rápido que volara jamás podría escapar del destino.

Aunque eso no siempre era algo de lo que huir.